

RESEÑAS

TOKUTOMI ROKA, *Namiko* (introducción de Carlos Rubio, traducción de Rumi Sato) Gijón, España, Satori Ediciones, 2011, 306 pp.

El título original de esta novela japonesa es *Hototogisu* y fue publicada por entregas entre 1898 y 1899 en el periódico *Kokumin Shinbun*. Perteneció al género de novela familiar, un tipo de novela popular dirigida principalmente al público femenino. Se caracteriza porque una mujer es la protagonista principal y describe alguna historia dramática que busca la empatía de las lectoras y provocar sus lágrimas. Los antecedentes de este género de novelas se pueden encontrar en las novelas de diez décimas (Dime Novel) de Estados Unidos que alcanzaron gran popularidad desde la segunda mitad del siglo XIX hasta principios del siglo XX, las cuales eran ediciones masivas dirigidas a las clases populares.

En Japón se pusieron de moda después del año 20 de la era Meiji, es decir a finales de la década de 1880, cuando en ese país se constituyó el estilo de la novela que podemos llamar moderna. En ese entonces cada periódico comenzó a publicar por entregas novelas de este género. En los años 30 de Meiji, justo en los últimos años de la década de 1890, *Hototogisu* se convirtió en una de las novelas más vendidas.

Hototogisu es el nombre de un pájaro de bello canto que abunda en verano y que con frecuencia es mencionado en la poesía japonesa tradicional. La novela *Hototogisu* aparece en forma de libro en el año 1900 y tres años después es traducida al inglés y otras lenguas con el título de *Namiko*, nombre de la joven protagonista de esta historia.

Ésta es la primera traducción al español hecha directamente del japonés. Según la profusa y bien documentada introducción de Carlos Rubio, existe una versión publicada en 1904 y otra de 1923, la cual fue reeditada en Chile en 1946; estas traducciones se hicieron del inglés o del francés. Carlos Rubio sitúa

al lector en el contexto sociocultural del Japón de fines del siglo XIX y explica con detalle el sistema familiar *ie*, ya que en la novela se puede ver una crítica a las rígidas convenciones de esta estructura familiar tradicional.

La novela consta de tres partes, cada una de ellas dividida en capítulos y un proemio escrito por el autor en 1909.

Se trata de una triste historia de amor entre la delicada Namiko y el alférez de la Marina, Takeo. A pesar de que su matrimonio fue concertado, según la usanza antigua, pronto los recién casados llegan a profesarse un verdadero amor.

Namiko de dieciocho años es hija del teniente general del ejército y vizconde Ki Kataoka. Takeo, tiene veintitrés años y es oficial de la Armada, hijo único del ya fallecido ex gobernador, el barón Kawashima.

Ambos pertenecen a una clase social alta, la de los descendientes de samurai que, a raíz de la restauración Meiji, integran la nueva aristocracia. Esta clase aspiraba a hacer de su país una nación moderna a imitación de los países europeos y de Estados Unidos.

Namiko desde su niñez vive una vida de tribulaciones, pierde a su madre a los siete años, poco después su padre vuelve a casarse, pero la madrastra la rechaza desde el principio. Esta mujer, también de linaje samurai, había estudiado en Inglaterra y “su mente se había impregnado tanto de las ideas traídas de Londres que no se contentaba si no seguía las costumbres extranjeras en todos los asuntos familiares...” (p. 82) Pero desafortunadamente, las tradiciones tan arraigadas le impedían sus deseos de reforma. Al casarse Namiko, la madrastra estaba a favor de que los recién casados vivieran separados de la suegra, pero sus ideas progresistas eran incompatibles con los antiguos usos.

Así, Namiko, se muda a la casa del marido, y con esto pasa del despotismo de la madrastra al de la suegra. En la sociedad japonesa de fines del siglo XIX, época en que se sitúa la novela, la suegra, siguiendo el sistema familiar antiguo, debía reeducar a la nuera joven en las costumbres de su nueva familia, y muchas veces era objeto de represión. La señora Kawashima había sufrido por la tiranía y la violencia de su difunto esposo, temía la furia del marido y ante él se comportaba sumisa y había aprendido cómo evitar su mal carácter. Al quedar viuda se

vuelve, a su vez, una tirana, y cuando llega la nuera, no muestra la más mínima consideración hacia ella.

La protagonista, después de haber sufrido el autoritarismo de su madrastra europeizante, al casarse tiene que soportar los malos modos de una suegra conservadora llena de ideas anticuadas.

En una sociedad que oprime a la mujer en muchos aspectos, las nueras son con frecuencia objeto de represión. Eran una especie de esclavas que debían levantarse de madrugada a realizar las labores domésticas y sólo podían irse a la cama después de cumplir con las obligaciones de la casa. Namiko se siente extraña en su nuevo hogar y, en un momento de nostalgia, cuando el marido está ausente, de viaje por un país extranjero dada su condición de militar, exclama: “Ojalá hubiera nacido hombre. Me haría también marinero... (p. 107)

La mujer no tiene libertad para elegir, a diferencia del hombre que puede tener un trabajo que le permita moverse libremente por el mundo; debe permanecer en casa como lo dictan las normas sociales. Namiko no es la excepción y debe quedar bajo la estricta vigilancia de la suegra. Aunque ella pone todo de su parte para adaptarse a las costumbres de su nueva familia, no consigue ganarse la simpatía de la madre de Takeo, quien “solía quejarse de que las nueras modernas no eran lo bastante educadas y respetuosas con sus suegras” (p. 134).

La salud de Namiko es precaria, y cuando la suegra se entera de que la joven padece tuberculosis, enfermedad que se había llevado a su madre a la tumba, se alarma y ordena a su hijo que devuelva a Namiko a la casa de sus padres, como una mercancía defectuosa que no cumplió con las expectativas. Le ordena que pida el divorcio, el cual se podía exigir si la mujer no podía tener hijos o padecía una enfermedad incurable. Takeo, quien ama a su esposa, se opone a esta decisión y dice: “Una separación debida a una enfermedad es una brutal costumbre del pasado... Hay que cambiar. No estamos obligados a seguir unas normas anticuadas e inhumanas” (pp. 172-173). Con estas palabras confronta a su madre y le pregunta: “¿Qué sentiría usted si se llevan a Nami porque soy tísico?” A lo que la madre responde: “No, hijo, es muy diferente. La mujer es inferior al hombre” (p. 173).

A fines del siglo XIX el matrimonio era por lo común una alianza entre dos familias, la *yome* o nuera, al contraer matrimonio, debía mudarse a la casa de los suegros. En el caso de Namiko, según la estructura familiar tradicional, la *shutome* o suegra detenta el poder dentro de la casa en ausencia del marido. Los conflictos entre estas dos mujeres no son raros y no son privativos de la sociedad japonesa, pero en tiempos antiguos, en Japón, el poder tiránico de la suegra llegaba al grado de que podía obligar al hijo a divorciarse o a divorciarlo aun sin su consentimiento. De hecho existe el término *shutomezari* para referirse a este divorcio forzado por la suegra.

La madre de Takeo, cuando éste había salido fuera del país, justamente para participar en la guerra entre Japón y China, ocurrida entre 1894 y 1895, disuelve el matrimonio en su nombre, y el padre de Namiko, ante los hechos, se ve obligado a aceptarlo en nombre de su hija, ya que el matrimonio era una concertación entre familias más que entre individuos, por lo que el deseo de la joven pareja no es tomado en cuenta.

Takeo, a pesar de amar a su mujer con toda el alma, se resigna a perderla, pues sabe que las convenciones sociales le impedirían volver a tomarla por esposa debido a su enfermedad. Ante esto, aunque detesta lo que ha hecho su madre, no tiene otro remedio más que aceptar la realidad y finalmente perdonarla.

Por su parte, Namiko sabe que es imposible restablecer su matrimonio y, sin ningún aliciente para vivir, se deja vencer por la enfermedad. Ante la desesperación y la tristeza de saberse divorciada, de seguir sufriendo por su precaria salud, intenta suicidarse arrojándose al mar. Se dice a sí misma: “¿Qué valor puede tener mi vida con una enfermedad incurable en mi cuerpo y un amor imposible en mi corazón? ¿Para qué sigo viviendo?” (p. 255).

Venturosamente, es salvada por una mujer, la señora Oga-wa, una mujer cristiana que, después de perder a sus seres queridos, había encontrado el sentido de su vida en el Evangelio. Hay que mencionar aquí que Tokutomi Roka profesaba el cristianismo y de ahí sus menciones a la Biblia.

También en su lecho de muerte, como una rebelión ante su implacable destino, Namiko exclama: “Nunca... jamás vol-

veré a nacer mujer” (p. 292). Un grito dramático que muestra el rechazo a su condición femenina y contra su triste destino.

Otro aspecto de la sociedad japonesa que Tokutomi Roka incluye en la novela es una somera crítica a los militares. Así, Takeo, al enterarse de algunos asuntos turbios en los que hay militares involucrados, se lamenta diciendo: “Estoy profundamente avergonzado de los militares de hoy en día... Ya no queda ni sombra del viejo espíritu samurai. Todos están locos por hacerse ricos” (p. 119). Se muestra en desacuerdo con la avidez de dinero que muestran tanto algunos integrantes de la Marina como del Ejército.

En esta novela podemos ver la confrontación entre dos mundos diferentes en el proceso de transición del Japón feudal a la modernización u occidentalización del país. La madrastra había sido educada en Inglaterra y habla un perfecto inglés; usa perfume y hace obras de caridad como dama voluntaria de la Cruz Roja.

Por otro lado, la suegra sigue las rígidas normas de la sociedad feudal, es “una mujer de gustos anticuados, más bien antieuropeísta, ni siquiera soñaba con dormir en una cama alta ni comer con cubiertos europeos” (p. 114).

Por su parte Takeo, el hijo, mezcla objetos japoneses y extranjeros, así, por ejemplo, en la sala coloca una alfombra sobre el *tatami*, la estera que cubre el piso de las casas japonesas, y sobre ella una mesa y sillas. Viste un traje estilo occidental, pero al volver a casa se pone un quimono acolchado de seda. Y en varias escenas de la novela encontramos a los personajes bebiendo té inglés.

Para transportarse dentro de las ciudades usan el *jinrikisha*, un carrito tirado por un hombre, o coches tirados por caballos, para distancias largas se usa el tren, el medio de transporte moderno.

A pesar de ser el suyo un matrimonio arreglado, Takeo le regala a Namiko un anillo de diamante, costumbre claramente importada de los países extranjeros, símbolo de compromiso y amor.

A lo largo de la novela, es interesante señalar que por lo común ellas van vestidas de quimono y peinadas al estilo japonés, según su estado civil o edad. Ellos usan traje estilo occidental.

Los hermanos menores de Namiko, el niño de siete años, viste de marinero y va calzado con botines, la niña de cinco años viste un kimono. Su otra hermana lleva un chal de cachemir. Y la protagonista, en algún momento de la historia, teje unos calcetines con *tweed* escocés para su amado esposo. Y también sabe tocar el *koto*, una especie de arpa horizontal japonesa, algo propio de una señorita de alcurnia. Como podemos ver en estos ejemplos, claramente se entremezclan las cosas tradicionales con los diferentes productos importados desde los países extranjeros, una muestra evidente del interés por las modas provenientes de fuera. Aquí hay que señalar que el autor, Tokutomi Roka, había viajado por algunos países de Europa.

Al final de la novela, el padre de Namiko y Takeo se encuentran casualmente en el cementerio al visitar ambos la tumba de la desdichada joven; en ese momento los dos hombres se estrechan la mano, acción que tampoco corresponde a las costumbres japonesas. Aquí es obvio que el autor trata de enfatizar el carácter cosmopolita de los personajes.

Este moverse entre dos mundos no representa una contradicción, sino que ambos se complementan. Esto es un fenómeno que podemos percibir aún en nuestros días, más de un siglo después de la publicación de esta novela, pues existe una armonía entre lo antiguo y lo moderno.

Se trata de una novela bien estructurada y de fácil lectura que atrapa el interés de los lectores. En ella, a través de los distintos personajes, encontramos todas las emociones humanas: el amor de los jóvenes esposos, la crueldad y celos de la suegra, el rencor, la traición, la lealtad, la codicia, la valentía, la compasión, la resignación, el perdón; tiene todo lo que se requiere para hacer de esta novela una obra interesante que, sin duda, hará derramar lágrimas a algunos de los lectores.

VIRGINIA MEZA H.
Centro de Estudios de Asia y África
El Colegio de México